

Cien años de *Prosas profanas*

El triunfo del modernismo

Cuando Rubén Darío publica *Prosas profanas*, en 1896, consolida el modernismo hispanoamericano que ya se había mostrado esplendente en *Azul*, como ya es sabido, libro descubierto y ensalzado por don Juan Valera, quien le da el espaldarazo a Darío. Lo cual demuestra que el modernismo surge y se consolida con anterioridad en Hispanoamérica que en España.

La España finisecular se acercaba al desastre del 98, y estaba más próxima del regeneracionismo y los problemas nacionales que de las preocupaciones estéticas del modernismo. La revista *Germinal* muestra de las inquietudes sociales, políticas y culturales de aquellos días, surge en 1897¹. Las revistas que nacen desde esta fecha hasta 1903, cuando aparece *Helios*, son más noventayochistas que modernistas. Entre 1903 y 1907, discurre el esplendor modernista. En 1907, aparece la gran revista *Renacimiento*², entre otras³.

Son importantes las dos venidas de Rubén Darío a España, la de 1892, con motivo de representar a su país en la celebración del IV centenario del Descubrimiento de América, y sobre todo la de 1900, cuando ya jefe indiscutible de la nueva escuela, llamó desde Madrid a Juan Ramón y a otros para luchar por el modernismo.

La aparición en 1896 de *Prosas profanas* eleva las intuiciones juveniles de *Azul* a indudable maestría. En *Prosas profanas* se consagra Darío como el maestro indiscutible de la nueva escuela. Consciente de su situación en la nueva estética, Rubén escribe unas «palabras preliminares», que son un resumen o quintaesencia de su estética. Se ve impulsado a escribir una especie de manifiesto, aunque no deseaba tal propósito: «Después de

¹ La revista aparece, exactamente, el 30 de abril de 1897. «Nuestro programa que ocupa dos páginas de la revista, de amplio formato, es un manifiesto reformador. Se lee: «Consideramos el problema social como una manifestación del problema político y éste a su vez del religioso».

² El número 1 nace en marzo de 1907. Figura como director Gregorio Martínez Sierra. En el texto de presentación «al lector» se dice: «Somos poetas, los privilegiados, los que sabemos el secreto de las palabras».

³ En 1907 nacen entre otras, las siguientes revistas: El Nuevo Mercurio, Juventud Literaria, Revista Latina. Prometeo, a la vez epígono del modernismo y ruptura vanguardista aparece en noviembre de 1908.

Azul..., después de *Los Raros*, voces insinuantes, buena y mala intención, entusiasmo sonoro y envidia subterránea —todo bella cosecha—, solicitaron lo que, en conciencia, no he creído fructuoso ni oportuno: un manifiesto». El poeta crea y es suficiente. Cuando escribe manifiestos, se convierte en crítico; de sí mismo y de los otros. Muchas veces, el poeta se seca y el crítico crece a expensas del poeta muerto o en el silencio. No es este el caso de grandes poetas y a la vez críticos inteligentes, como Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Paul Valéry o Jorge Guillén.

La mejor crítica está en el poema. Aquí se defiende o no se defiende la estética seguida. El poeta es crítico en sí mismo. Ejercer la crítica, más allá de su propia poesía, parece una duplicidad. Darío, no en el tono de melifluo poeta que algunos le suponen, sino como un poeta desafiante con la sociedad que le rodea, promete un manifiesto «ni fructuoso ni oportuno» debido según él a varias causas: a la falta de elevación mental de la mayoría pensante del nuevo continente, en la cual impera el personaje clasificado por Rémy de Gourmont con el nombre de «Celui-qui-ne-comprend-pas». Para Darío, el que no comprende nada es «entre nosotros, el profesor, académico correspondiente de la Real Academia Española, periodista, abogado, poeta rastaquouère». Con tales señalamientos o descalificaciones, la polémica de Darío ya estaba servida.

Juzga Rubén que la obra colectiva de los nuevos poetas de América es aún vana y que muchos de los nuevos talentos están en el limbo, en un completo desconocimiento del mismo arte a que se consagran. Proclama una estética acrática y piensa que la imposición de un modelo o de un código implicaría una contradicción. Escribe y recalca: «Yo no tengo literatura 'mía' —como la ha manifestado una magistral autoridad— para marcar el rumbo de los demás: mi literatura es mía en mí; quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y, paje o esclavo, no podrá ocultar sello o librea. Wagner, a Augusta Holmés, su discípula, dijo un día: 'Lo primero, no imitar a nadie, y, sobre todo, a mí'. Gran decir». El poeta es o no es, es en sí, en su propia valía u originalidad. Si se hace un imitador de otro, por muy grande que sea el imitado, se convierte en un epígono. Ser poeta es esencialmente, ser creador, un «autor» que arrebate territorios a la nada, que aumenta los espacios de la poesía. El poeta puede aprender, como lector, de los grandes maestros, y como autor, a imitarlos; pero se trata de un «aprendizaje». Si quiere ser creador, debe olvidarse de sus maestros, ser él mismo. Claro que no todos los poetas «originales» son grandes poetas.

Rubén Darío se confiesa desde su memoria poética, confirmándose en su obra, más que haciendo propósito de enmienda: «Ya he dicho, en la misa rosa de mi juventud, mis antífonas, mis secuencias, mis prosas profanas».

En *Azul...* ya estaba, no sólo en germen, sino también en floración, el poeta que habría de ser, que ya era, Rubén Darío. En efecto, recuérdese que la primera edición de *Azul...*⁴, está organizada en tres secciones, antecedidas por una dedicatoria a Federico Varela, eliminada en ediciones posteriores, y un prólogo de Eduardo de la Barra. El contenido de las tres secciones es el siguiente: «Cuentos en prosa», con nueve cuentos; la segunda sección, «En Chile», comprende dos partes: «Álbum porteño» y «Álbum santiagués», con seis cuadros a las estaciones y el poema «Anangké». Darío añadió material nuevo a la segunda edición⁵ y en otras ediciones posteriores⁶.

Volvemos a la definición o título *Prosas profanas*. La poesía debería ser entendida como una profanación del verbo (del verso) divino, como expresión de lo inefable. Habla Darío de la misa rosa de su juventud, divino tesoro, como si se tratase de un tiempo definitivamente perdido (Rubén Darío que había nacido en 1867, tenía en 1896 cuando se publica *Prosas profanas*, 29 años). Curiosamente, en *Azul...* interesa más la prosa de sus cuentos, que las innovaciones en el verso. Prosa magnífica, cuidada, que podemos situar entre la prosa delicada, sugerente de Bécquer en sus *Leyendas* y la prosa poética de Juan Ramón Jiménez en *Platero y yo* y otras prosas⁷. Las mejores prosas de Rubén Darío se publicaban en *Azul...*, y sin embargo en *Prosas profanas*, cuyo título parece sugerir el cultivo de la prosa poética, se publican poemas fundamentales de Rubén Darío, y del modernismo, como «Era un aire suave», «Divagación», «Sonatina», «Margarita», «Ite missa est», «Responso» (a la muerte de Verlaine), etc.

La poesía es una profanación de lo sagrado. Sólo así puede entenderse el título *Prosas profanas* como versos profanos, versos no sagrados porque ya no pertenecen a la juventud vital y poética de Rubén, cuando imbuido de ingenuidad ante el mundo o de religiosidad cósmica, había dicho (o escrito) en «su misa rosa», «sus antífonas», «sus secuencias».

Se pregunta Darío si habría contradicción entre las raíces profundas de su raza, de su historia, su cultura y la expresión de su poesía. «¿Hay en mi sangre alguna gota de sangre de África, o de indio chorotega o nagrandano? Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; más he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos e imposibles». He aquí, por una parte, la realidad y por otra la escapatoria, dos direcciones importantes del modernismo, estudiadas, entre otros, por Ricardo Gullón. Escribe Gullón: «En la época modernista, la protesta contra el orden burgués aparece con frecuencia en formas escapistas. El artista rechaza la indeseable realidad (la realidad social: no la natural), en la que ni puede ni quiere integrarse, y busca caminos para

⁴ La primera edición aparece en Valparaíso, Chile 1888, editada por Imprenta y Litografía Excelsior.

⁵ Editada por Imprenta La Unión, Guatemala 1890.

⁶ Véase la edición de *Azul... del centenario*. Editorial Nueva Nicaragua. Managua 1988.

⁷ Juan Ramón Jiménez: Selección de prosa poética, edición de Francisco Javier Blasco Pascual, Espasa Calpe, Madrid 1990.

su evasión. Uno de ellos, acaso el más obvio, lo abre la nostalgia, y conduce al pasado; otro, trazado por el ensueño, lleva a la transfiguración de lo distante (en el tiempo o espacio, o en ambos); lejos de la vulgaridad cotidiana. Suele llamárseles indigenismo y exotismo y su raíz escapista y rebelde es la misma»⁸.

Darío asumía sus raíces étnicas y culturales pero se rebelaba contra el tiempo que le tocó vivir, contra la cultura contemporánea, aburguesada, y cuando no, grosera. El poeta se sitúa al margen de la cultura establecida y huye hacia la sencillez de los orígenes o hacia la nueva cultura del exotismo. Exiliado interior o exterior, perdido en los abismos del «yo» (hay un Rubén que pasa con su lira enlutada que dijo César Vallejo o perdido en viajes exóticos e imaginarios), escribe Darío: «Yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer». ¿No se siente también él uno de sus raros?⁹

En la influencia de la cultura antigua, racial, Rubén Darío reconoce dos direcciones: la americana y la española. «Si hay poesía en nuestra América ella está en las cosas viejas; en Palenke y Uxatán, en el indio legendario, y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro. Lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman». Reconoce las raíces indias e ignora todo lo demás, la llamada literatura colonial y la literatura aparecida después de la independencia. De la América anglosajona salva y corona a Walt Whitman. De las influencias españolas, destaca, sobre todo, a los clásicos. Recuerda Darío: «El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres: Éste, me dice, es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco; éste es Lope de Vega; éste Garcilaso; éste Quintana. Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas». Obsérvense los nombres y los adjetivos en los cuales son esenciados algunos de ellos, sustantivándolos, convirtiéndolos en aposición definidora. Darío destaca a los barrocos, «el noble Gracián», «el bravo Góngora» «y el más fuerte de todos», Quevedo. ¿Y entre los extranjeros? El abuelo exclamó: «¡Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo!». Pero el poeta subraya: «Y en mi interior: ¡Verlaine!». En *Prosas profanas* publicará Darío el célebre «Responso», compuesto a la muerte de Paul Verlaine: «Padre y maestro mágico, lírofóro celeste que al instrumento olímpico y a la siringa agreste/diste tu acento encantador ¡Panida! Pan tu mismo, que coros condujiste/hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste;/al son del sistro y del tambor!». Obsérvense la estrofa, tomada de modelos franceses: alejandrinos A, A; eneasílabo C; alejandrinos BB; eneasílabo C.

Rubén Darío fue el genio de la renovación de la métrica hispana, agonizante en los versos repetidos, epigonales de los posrománticos, en la retórica, hueca, de Núñez de Arce, o en el prosaísmo de Campoamor. En lo

⁸ Ricardo Gullón: *Direcciones del modernismo*, Gredos, Madrid, 1971, principalmente pp. 62-103.

⁹ Los raros, libro de vidas semejantes más que paralelas, aparece también con *Prosas profanas en 1896*. Así que estamos en su centenario.